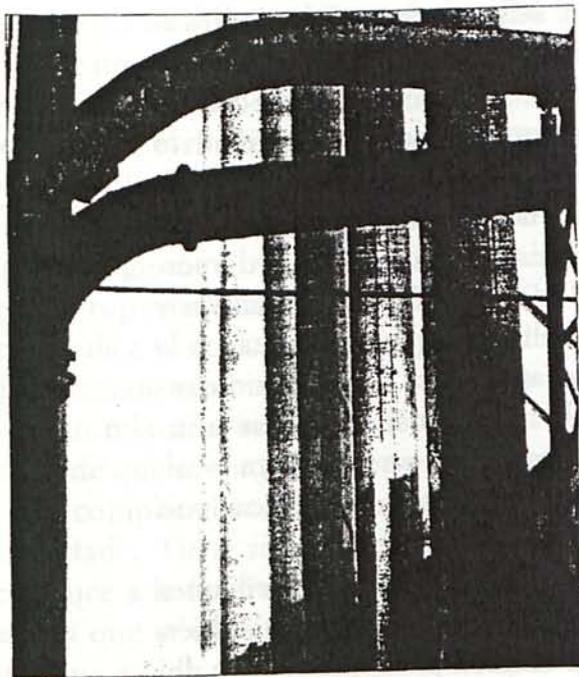


# El Ejido, un experimento del capitalismo moderno

UBALDO MARTÍNEZ VEIGA

12-10797



19 D. R.

Si se hiciese un análisis de la opinión que el conjunto de los españoles tiene del fenómeno de El Ejido quizás no sería demasiado difícil descubrir que se piensa que esta ciudad es una muestra más de una sociedad llena de analfabetos y nuevos ricos que, aunque producen mucho, tienen una mentalidad y cultura que se podía calificar de preindustrial, perteneciente al pasado remoto. Se trataría de algo así como de un resto o supervivencia de tiempos “hoy día felizmente pasados”. Sin embargo, intentaremos demostrar que tanto El Ejido como los acontecimientos que lo hicieron famoso en febrero de 2000 son un producto de lo que podríamos designar “capitalismo avanzado”, aunque este término será sometido posteriormente a crítica.

El Ejido es básicamente una muestra importante de la actual organización del capitalismo, y el capitalismo, por muy avanzado que se considere, nunca ha sufrido una evolución lineal sino que conserva elementos del pasado junto a innovaciones reales y otros que se presentan como novedad aunque sean bastante viejos. Desde cualquier punto de vista, El Ejido representa un auténtico distrito industrial o, mejor dicho, agroindustrial, en el sentido en que Marshall utilizaba este término en los años 20 y que después se hizo famoso para designar la situación de la producción



en áreas enteras de Italia como Emilia Romagna, o en lugares más restringidos como los trabajos de punto en Carpi, la producción textil en Como o de la seda en Prato cerca de Florencia. Se trata de un sistema productivo que ha sido aplicado a prácticas industriales, pero que no se considera aplicable a prácticas agrícolas como El Ejido. Sin embargo, si nos detenemos un poco en ver lo que ocurre, descubrimos que los fenómenos presentes en un caso y otro son los mismos. En el caso de El Ejido aparece un sistema de producción agrícola enormemente sofisticado desde el punto de vista tecnológico que se basa en pequeñas modificaciones de tecnologías (enarenado, parrales, etc.) presentes desde tiempo inmemorial en la zona y, por lo tanto, en un desarrollo endógeno con un anclaje esencialmente local. Los elementos que constituyen un distrito los tomamos de Ann Markusen<sup>1</sup> y están presentes sin duda en el caso de El Ejido: una aglomeración de empresas pequeñas y medianas que, en el caso que nos ocupa, son poseídas y gestionadas por las unidades domésticas. Esto se manifiesta en la presencia de 9.000 unidades productivas y en su defensa activa por parte de los agricultores que se enfrentan a la llegada de grandes empresas que no tienen "apego a la tierra" y son consideradas como modelos foráneos. Con ello se está insistiendo en la inserción de las actividades económicas en el espacio y en la cultura local, en los lazos que unen a unas unidades productivas y domésticas con otras.

A esto hay que unir el hecho de que las decisiones sobre inversiones básicas se toman de forma local, que las fuentes de financiación también son locales y se basan en la presencia de un "capital paciente" dentro del distrito. También es importante subrayar la presencia local de los conocimientos técnicos así como de los servicios de comercialización y venta. Todo este conjunto de elementos configura lo que algunos autores designan como "densidad institucional", basada en relaciones sociales específicas que, unidas a ciertos fundamentos culturales, sirven de base para una organización económica de cada distrito que permite la circulación de la información económica y de los créditos. Dentro de las instituciones que desempeñan un papel en esta "densidad institucional" es básica la presencia de instituciones crediticias locales. Este conjunto de elementos hace del distrito una entidad bastante cerrada con respecto a los que vienen de fuera.

Si de estos primeros elementos pasamos a la mano de obra encontramos fenómenos bastante importantes. En primer lugar, lo que aparece es un alto nivel de inmigración y una tasa muy baja de emigración. En el caso de El Ejido la mayoría de la población activa ha venido de fuera (únicamente el 5,7 % de la población ha nacido allí). Esta primera emigración interior se ha constituido poco a poco en un conjunto de propietarios y a la vez de mujeres, jóvenes y niños que fue la mano de obra sobre cuya autoexplotación se edificó en un primer momento la riqueza de la zona. A partir de 1985 empiezan a llegar inmigrantes marroquíes y lentamente se produce un abandono paulatino de las actividades agrarias

## NOTAS

1. Ann Markusen, "Sticky Places and Slippery Space: A Typology of Industrial Districts", *Economic Geography*, 72,3, 1996.

parte del grupo doméstico, de tal manera que en gran medida el trabajo de las explotaciones agrícolas queda en manos de los inmigrantes marroquíes. Hay un fenómeno llamativo que consiste en el hecho de que la mayoría de los inmigrantes nativos se ha convertido poco a poco en propietarios, pero ningún inmigrante marroquí ha llegado a esta situación. Ello trae consigo una división clarísima entre los inmigrantes interesados propietarios de la tierra y los inmigrantes extranjeros, propietarios únicamente de su fuerza de trabajo. De todas maneras, las características más importantes de la fuerza de trabajo dentro de los distritos son tres: en primer lugar se trata de un mercado interno al distrito; en segundo lugar, de una mano de obra muy flexible y, en tercer lugar, de trabajadores que están comprometidos con el distrito en su conjunto más que con las empresas y los empresarios individuales. Vamos a detenernos en estos tres elementos porque han sido teorizados de formas muy diversas por distintos autores, llegando algunos como Piore y Sabel a calificar este sistema como "una segunda ruptura industrial" en donde se habría superado la tendencia generalizada a la descualificación propia del capitalismo, como Braverman había teorizado tan bien hace ya bastantes años.

Cuando se habla de un mercado interno al distrito, los autores se refieren sin duda al hecho de que se trata de un mercado con fuertes componentes locales. Ya más complicado es elucidar lo que se quiere designar con la palabra "flexibilidad". Tiene mucha importancia la flexibilidad americana, la cual se reduce a la facilidad para emplear o despedir a los trabajadores en base a lo que se considera como necesidades de la producción. A ella habría que añadir la flexibilidad funcional que consiste en que las tareas no están demasiado demarcadas y el trabajador puede pasar de una tarea a otra con facilidad. Esta flexibilidad funcional va unida al hecho ya comentado de que los trabajadores están más comprometidos con el distrito en su conjunto que con las empresas particulares. Lo que se trata realmente es de que se da una rotación continua de los trabajadores entre las diversas unidades productivas dentro del distrito. Como muestra de este fenómeno, en el caso de El Ejido tenemos un cambio continuo de tareas por parte de los trabajadores que va unido a una gran rotación entre las diversas parcelas. Este fenómeno era visto por los teóricos de la segunda ruptura industrial como una superación de las rigideces en la aplicación de la mano de obra y de la descualificación y monotona que llevaba consigo el realizar siempre las mismas o parecidas tareas. Así se llegaría a un trabajador más cualificado y polivalente. Sin embargo, cuando se miran los fenómenos de cerca, en El Ejido y en familia Romagna, se descubren dos fenómenos importantes. En primer lugar, la rotación frecuente de los trabajadores entre las unidades productivas determina que la relación de cada uno de los empresarios con los trabajadores sea meramente puntual, sin ninguna característica de duración. Lo que trae consigo la consideración del trabajo como una pura mercancía por detrás de la cual no hay nada más. Se paga puramente la producción y tener en cuenta los gastos reproductivos. Por otra parte, el hecho de

---

*"El Ejido  
es un producto  
de lo que  
podríamos designar  
como capitalismo  
avanzado"*

que cada trabajador sea sustituido con rapidez por otro y por otro hace que, aunque todos ellos en su conjunto sean necesarios (por ello se dice que son trabajadores comprometidos con el distrito), desde el punto de vista de los empresarios particulares todos sean fácil y continuamente sustituibles. Aquí está la base fundamental de la vulnerabilidad, casualización e incluso irrelevancia de los trabajadores individuales. Si a ello añadimos que la rotación de los trabajadores entre las diversas unidades productivas implica que las habilidades y cualificaciones productivas se hacen atributos generales de todos los trabajadores, la precariedad de los mismos aumenta, porque se vuelven incapaces de ejercer el nivel mínimo de "monopolización" de las habilidades que les daría una ventaja en el proceso de negociación en el mercado de trabajo. La idea de Marshall de que los "secretos de la industria estaban en el aire", referida a los distritos industriales, refleja no sólo una atmósfera de innovación, sino también una banalización de las habilidades. Ni la rotación de los trabajadores ni sus consecuencias son algo nuevo dentro del capitalismo actual, sino más bien la característica básica de la organización de la fuerza de trabajo en nuestro país.

Si a todos estos elementos añadimos tres más podemos ofrecer un cuadro fiel de la situación. Por una parte, se trata de empresas pequeñas enormemente descentralizadas las unas con respecto a las otras. Dentro de ellas la coordinación tiene lugar *a posteriori* mediante una organización "en redes" a través de las cuales se transmiten recursos monetarios, información y se lleva a cabo al milímetro la comercialización de los productos. Por otra parte, lo que hace de las empresas agrícolas de El Ejido fenómenos propios del "capitalismo avanzado" es el hecho de que en gran medida pueden traer productos al mercado más rápidamente. De alguna manera pueden comprimir el tiempo, vender rapidez, buen servicio y productos adecuados a los gustos creados en el instante. Por último, hay que insistir en el hecho de que estamos hablando de unos trabajadores extranjeros cuyo manejo puede ser encargado al Estado, que, en base a leyes, frecuentemente *ad hoc*, permite la utilización o la expulsión de una mano de obra que de hecho está siempre disponible como un ejército en reserva.

Como se puede observar, es fascinante descubrir la mezcla de elementos llenos de novedad y a la vez de arcaísmo que aparecen en el mercado de trabajo de El Ejido. Por esta razón, desde un punto de vista se presenta como un mercado en estado puro que haría las delicias de Adam Smith y, desde otros, como un mercado muy "institucionalizado".

Los ataques racistas que tuvieron lugar en febrero de 2000 pueden ser considerados en última instancia como una celebración del cierre social mediante el cual se intenta excluir formalmente a los inmigrantes de la posesión de tierra y convertirlos así en proletarios perpetuos. Desde esta perspectiva, es importante tener en cuenta que, cuando se producen los ataques, los nativos justifican su posesión de la tierra como algo que viene desde tiempo inmemorial. La presencia del trabajo inmigrante es vista

no una amenaza a este dominio y esta posesión, porque sus esfuerzos en los que han creado este "milagro". Como respuesta a tal amenaza aparecen estos ataques, que intentan disciplinar a los inmigrantes, expulsarlos y, de alguna manera, colocarlos en su sitio, fuera. De hecho, a raíz de estos acontecimientos los inmigrantes son expulsados lejos del lugar donde viven los nativos, apartados a las zonas periféricas. De ellas se pretende que vengan más que a trabajar y que desaparezcan después. Se trata de convertirlos en puro instrumento de producción sin tener en cuenta para nada los gastos de reproducción. Esto constituye, por otra parte, la esencia del capitalismo.

\* De Ubaldo Martínez Veiga recordamos las siguientes publicaciones: *El Ejido, discriminación, exclusión social y racismo*, Madrid, La Catarata, 2001; *Pobreza y exclusión espacial. La vivienda de los inmigrantes extranjeros en España*, Barcelona, Icaria, 1999, y *La integración social de los inmigrantes extranjeros en España*, Madrid, Trotta, 1997.